



Texto: Francisco Coloane

El Chiloé del niño

La "ciudad" de su niñez tuvo canales, lluvias y barcos que cazaban ballenas. El autor de *Cabo de hornos* nació en Quemchi, una caleta en la costa oriental de la isla grande. Allí fue niño, en medio de delfines que saltaban por el aire y cholgas que le mordían los dedos. Ahora, los chilotes quieren levantarle un monumento. A 91 años de su nacimiento, rescatamos su testimonio de infancia, atrapado en *Los pasos del hombre*, sus memorias.

Nací en la costa oriental de la isla grande de Chiloé, que protege con su base granítica de la cordillera de la Costa a las islas menores, desde el canal de Chacao hasta las bocas del Guafo. La vida de esta región está regulada por el flujo y reflujo oceánico que viene desde los cuernos de la luna y de lo que habrá más allá de los astros, y por las lluvias esparcidas con toda la rosa de los vientos. Lluve allí de mil formas, con cernaciones bramando huracanadas, copiosos flujos celestiales que traspasan el corazón de los vivos en comunicación con sus muertos, que reposan bajo los cementerios de conchales.

Mi infancia lejana se desarrolló entre dos islas del archipiélago de Chiloé, en la costa oriental de la isla grande y frente a la de Caucahué, que en huilliche quiere decir "lugar de gruellos grandes". Entre las dos islas pasa el canal de Caucahué, formando un ángulo obtuso, en cuyo vértice está el puerto de Quemchi, que tenía poco más de

quinientos habitantes cuando yo nací.

Al oriente del varadero, en "la tierra de la punta", en una casa construida sobre pilotes de madera alquitranados, mi madre, Hermiliana Cárdenas Vera, campesina de Huíte, hija de Feliciano Cárdenas y de Carmen Vera, me dio a luz a las cinco y media de la mañana, el 19 de julio de 1910. En esos días, mi padre, Juan Agustín Coloane Muñoz, andaba navegando de capitán de barco de cabotaje.

En la casa había una especie de puente de tablones para ir del comedor a la cocina. En la alta marea, el oleaje llegaba hasta debajo del dormitorio y así no dormí mucho en pasar del rumor de sus aguas al de las aguas del mar. Hasta hoy me acompañan el flujo y reflujo de esas mareas y sangres. La voz de mi madre y el rumor del mar arrullaron mi infancia. Un siglo amando y temiendo. De madrugada ella me gritaba siempre: "(Panchito, arriba, está listo el bote)". Y yo me levantaba a regañadientes para tomar desayuno y emborrutarme en un bote de culos plomo,

de cuatro bogas, hecho de tablas de ciprés y cuadernas de cachiguas, que nos llevaba al alto del estero de Tubildad. Allí teníamos siembras de trigo, papas, linaza y legumbres, y nuestros animales: algunos cientos de ovejías y unos cientos de vacunos.

En nuestro huerto demonábamos cerca de una bota de Quemchi a Tubildad, según la corriente y el viento. Había que doblar el promontorio de Pinkén, extraña formación sedimentaria que penetra al mar como un angosto paredón selvático, con una abertura en el centro por donde se puede pasar en pleamar para acortar la navegación.

En lo alto del promontorio siempre había un martín pescador al acecho, que se desprendía de las tornasoladas bromelias como una saeta para zambullirse y emerger luego con un pejerrey o un rebolo en el pico. A veces una foca nos seguía como un perro cuando los remeros le silbaban. Los cahuelles, como llaman allí a los delfines, bufaban saltando a nuestro alrededor. Una vez vi uno blanco jugando con uno negro. Saltaban al

El Chiloé del niño. [artículo]

Libros y documentos

FECHA DE PUBLICACIÓN

2001

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El Chiloé del niño. [artículo]. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile